

que veían reunidos en él todos los rasgos de la civilización y adelantos que distinguían á cada una de las diversas provincias que formaban el imperio. Allí veían el grado de perfección á que habían llegado en las artes, en la industria y en la agricultura; tenían ante los ojos objetos de gusto y hábilmente trabajados, que daban á conocer la habilidad mecánica y la inteligencia de sus autores.

El exámen de aquel gran cuadro que presentaba reunidas á las diversas clases de la sociedad, al comerciante, al agricultor, al artífice, al noble y al plebeyo, les hizo concebir una idea ventajosa de la sociedad azteca. La actividad comercial, la abundancia de artículos de toda especie; el orden establecido; el respeto á la autoridad; el movimiento y animación que reinaba á donde quiera que se dirigía la vista, les hizo comprender que el país contenía todos los elementos y recursos necesarios para ser grande.

Examinado detenidamente el mercado, los españoles se dirigieron al gran *teocalli*, ó templo principal de la ciudad, que se hallaba á muy pocos pasos, y á quien por lo mismo le daban el nombre de Tlatelolco que tenía la plaza (1).

(1) «Muy aperebidos—dice Bernal Diaz—fuimos al Tlatelolco» (al templo principal). Y luego, para distinguir el mercado del *teocalli*, agrega: «y cuando llegamos á la gran plaza, que se dice el Tlatelolco». Esta es otra prueba de que el *teocalli* principal de la ciudad no estaba, como se ha creído, en el sitio que ocupa la catedral. Si así hubiera sido, no tenían necesidad los españoles al ir á ver el gran templo, para lo cual habían pedido licencia, de pasar por la gran plaza de Tlatelolco, como lo hicieron, guiados por los nobles que Moctezuma envió al general español. Las siguientes palabras del expresado Bernal Diaz confirman que el templo mayor ocupaba el sitio que he indicado. «Nos dijo Cortés que sería bien ir á la plaza Mayor á ver el gran adoratorio de su Hui-

El gran *teocalli*, aunque anterior al levantado por Ahuitzotl en el sitio en que hoy se ostenta la catedral, no podía considerarse como obra de mucha antigüedad. Había sido edificado en 1468 por Moquihuix, rey de Tlatelolco, pocos años antes de haber sido conquistada la ciudad por el monarca mejicano Axayacatl, formando desde entonces un barrio, ó una parte de la capital azteca.

El gran *teocalli* se levantaba eminente y soberbio en medio de una extensa área, junto á la notable plaza de Tlatelolco, en el sitio mismo en que hoy se encuentra la sólida iglesia de Santiago. Un notable muro de cal y piedra, de ocho piés de altura, le rodeaba, dejando ver en su parte exterior varios relieves figurando culebras y serpientes que le dieron el nombre de *coatepantli*, que significa *pared de serpientes*. En Anáhuac, lo mismo que en Egipto, era muy común este emblema en la escultura.

Los cimientos del gigantesco *teocalli* dedicado al número de la guerra Huitzilopochtli, estaban empapados con la sangre de víctimas humanas, para que fuesen dignos del magnífico santuario levantado á la sanguinaria deidad tutelar. Gran número de prisioneros, hechos en diversas batallas, fueron sacrificados, y en los enrojecidos cimientos depositaron, los nobles y los grandes, joyas de oro y

chilobos, y quería envialle á decir al gran Moctezuma que lo tuviese por bien.» Que la plaza mayor era la de Tlatelolco, está dicho por el mismo Cortés y por la relación que hace de ella. Luego el *teocalli* que llegando se tenía que ver, era el de Tlatelolco y de ninguna manera otro. He insistido en estas observaciones, por ser el primero que se ha separado de la opinión de los demás escritores que colocaban el templo mayor ó gran *teocalli* en el sitio que ocupa actualmente la catedral. Creo que es un punto curioso para la historia, y por lo mismo juzgo que se me disimulará el que me haya ocupado de él.

plata, finas perlas, piedras preciosas, aljófar y varias alhajas de notable mérito y valor, como ofrenda de respeto á la divinidad (1).

El muro que rodeaba el vasto templo era cuadrangular, y ostentaba en cada uno de sus lados una ancha puerta almenada que daba entrada al átrio inferior.

El general español y sus compañeros no pudieron ver sin asombro la capacidad, la limpieza y la majestad de aquel átrio. Era mayor, dice Bernal Diaz, «que la plaza que hay en Salamanca»; y Hernan Cortés asegura que dentro del circuito que encerraba el muro, «se podia muy bien hacer una villa de quinientos vecinos» (2). El pavimento era de finas y blancas losas, perfectamente labradas y bruñidas, sin que se notase ni una mancha, ni una piedrecita, ni la menor cosa que empañase el notable brillo que le hacia aparecer como un limpio espejo» (3).

En el centro de ese extenso y luciente átrio se levantaba la gigantesca fábrica dedicada al sangriento número de la guerra. Era una colosal pirámide de tierra y piedra, suelta, cubierta exteriormente de iguales y sólidas losas cuadradas, en que se veían diversas y simbólicas figuras jeroglíficas. Su forma era cuadrada, mirando sus lados á los cuatro puntos cardinales. Cinco cuerpos, iguales en altura, pero no en latitud y longitud, pues iban en disminu-

(1) Véase en el tomo primero de esta obra la página 644.

(2) Segunda carta de Cortés.

(3) «Todo empedrado de piedras grandes de losas blancas y muy lisas, y adonde no habia de aquellas piedras, estaba encalado y bruñido, y todo muy limpio, que no hallaran una paja ni polvo en todo él». —Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

cion de la base á su cima, ostentaba el templo colosal. Cada cuerpo tenia su escalera exterior, hecha de grandes losas, practicada del lado del Sur, que conducia al inmediato cuerpo superior; pero ninguna de ellas iba á encontrarse con la inmediata, sino que conducia á un punto del terrado próximo que cada uno de los cuerpos ostentaba. De esta manera, el que subia se hallaba precisado á dar vuelta al cuerpo á que llegaba para encontrar la escalera que conducia al otro. Por motivo de esa extraña construccion, era preciso girar cuatro veces en derredor del edificio, para llegar á la parte mas alta; lo cual imprimia á las procesiones religiosas un aspecto imponente, cuando los sacerdotes, arrojando aromáticas nubes de incienso de sus incensarios, entonando religiosos himnos, al son de una música inarmónica y ruidosa, subian al átrio superior, precedidos de las inocentes víctimas destinadas al sacrificio.

La base de este sorprendente *teocalli* media de largo, de Oriente á Poniente, ciento diez y siete varas, y ciento cuatro de ancho de Norte á Sur. Su altura, desde su base hasta la cúpula de sus torres; no bajaba de sesenta y tres varas (1).

En cuanto Hernan Cortés y sus soldados llegaron á penetrar en el espacioso atrio inferior, envió Moctezuma, que se hallaba en la parte superior, dos sacerdotes de alta jerarquía y algunos nobles para que le acompañasen. Al poner el general español el pié en la primera grada del

(1) Aunque en el tomo primero de esta obra está descrito detalladamente el templo, he creído conveniente volver á decir algo sobre él, por exigirlo así la relacion histórica al presentar á Hernan Cortés visitándolo.

teocalli, los nobles se dispusieron á tomarle de los brazos para ayudarle á subir, como habian hecho con Moctezuma; pero Cortés rehusó el favor, prefiriendo subir por su pié, seguido de los suyos.

La escalera era muy amplia, y los castellanos empezaron á subir por ella, sin dejar sus armas, quedando algunos en el átrio cuidando de los caballos.

Ciento catorce eran los escalones que tenia el edificio, segun asegura el honrado Bernal Diaz que tuvo la curiosidad de contarlos.

Lo primero que se presentó á la vista de los españoles al llegar á la última plataforma fué una gran piedra de basalto, cuya peculiar forma y convexa superficie indicaban claramente que era aquella en que se tendia á las desventuradas víctimas que los sacerdotes sacrificaban á las sangrientas divinidades, arrancándoles el corazon. Dos torres de diez y nueve varas de altura, con tres cuerpos, se levantaban en la extremidad oriental de la misma plataforma. Eran verdaderamente los santuarios en donde se hallaban las imágenes de sus falsas divinidades. Delante de las puertas de estos santuarios se veian dos enormes braseros de piedra, de dos varas de alto, en los cuales ardia constantemente el fuego sagrado, que estaban encargados de mantenerlo vivo, noche y dia, los sacerdotes, como en Roma las vestales el fuego de Vesta, pues su extincion se tenia como presagio de horribles calamidades.

En cuanto Hernan Cortés llegó á la plataforma, salió Moctezuma, acompañado de dos sacerdotes, de una de las torres ó santuarios en que habia estado incensando á los ídolos, y dirigiéndose hácia él le saludó con notable aca-

tamiento. «Fatigado estareis, Malinche, de haber subido á nuestro gran templo». El caudillo español, cuya política era que apareciesen siempre incansables y fuertes sus soldados, contestó con dulce afabilidad: «Los españoles jamás encuentran cansancio en cosa ninguna».

Moctezuma, manifestando en su semblante el agrado y la satisfaccion, tomó á Cortés de la mano y le dijo que contemplase desde allí la ciudad y los pintorescos pueblos que le rodeaban.

Nada podia presentarse mas hermoso á la vista, que el grandioso panorama que desde allí alcanzaban á descubrir los ojos.

El teocalli descollaba como un gigante sobre los sólidos edificios que embellecian la ciudad. Cortés y sus compañeros dirigieron la vista al rededor, y se sintieron gratamente emocionados ante el sorprendente espectáculo que presentaba la rica naturaleza. Bajo sus plantas veian extenderse la ciudad con sus rectas calles, formando hileras de palacios y de floríferos jardines. Miraban deslizar por los límpidos canales que cruzaban la poblacion, ligeras canoas, cubiertas de verdura y de legumbres, conducidas por los alegres indios, mientras por las amplias calzadas, que daban paso á la ciudad, entraban y salian millares de individuos de todos sexos y edades, vestidos con su pintoresco traje de variados colores. Desde allí contemplaban la extension de la laguna, cubierta de jardines flotantes ó chinampas que se trasladaban de un punto á otro, como huertos mágicos, y millares de embarcaciones, cargadas de comestibles, que salian de las acuáticas ciudades fundadas en las márgenes del lago. A sus ojos se presentaban

las sólidas cañerías de barro cocido que conducían á la ciudad la cristalina y excelente agua de Chapultepec, así como la de Amilco, cercade Churubusco. Ambas cañerías tenían dobles conductos, para que mientras uno se limpiaba, el agua fuese por el otro (1). Veían la capital en toda su extension y belleza, en medio de las salobres aguas de la laguna de Texcoco, y levantarse de sus ondas pequeñas islas donde descollaban las blancas torres de algun teocalli, semejante á una imponente fortaleza. Mas lejos, pasada la línea en que se encerraban las aguas del lago, se descubrían inmensas llanuras cubiertas de maizales, y numerosas aldeas diseminadas por la campiña, cuyas casitas blancas se descubrían al través de las ramas de los copudos árboles. La vista abarcaba desde aquel punto culminante, dirigiéndose á todos lados, gratas florestas, productivos magueyales, deliciosas huertas y doradas mieses balanceando al suave impulso de las brisas, que se extendían hasta la base de las escuetas y nevadas montañas que circundaban el valle.

Aquel era para Hernan Cortés un plano inapreciable en que podia estudiar exactamente los puntos mas precisos de la ciudad.

Viendo Moctezuma lo complacido que se hallaba el general castellano con el bello paisaje que le rodeaba, le dijo que desde allí podria examinar, con toda comodidad, la

(1) Aun se ven las ruinas de este gran acueducto de dos cañerías que conducía el agua de Amilco. Pero la obra mas notable de los antiguos indios en este género, es el acueducto de la famosa ciudad de Texcoco. Allí se admiran todavía las ruinas de un dique que construyeron para aumentar el nivel de las aguas.

plaza del mercado, por la cual habia pasado. Con efecto; la plaza, conteniendo en sus ámbitos sesenta mil personas que se movían incesantemente de un lado á otro, hablando todas á la vez de sus personales negocios, remedaba un inmenso océano, agitando sus olas y lanzando amenazantes bramidos.

Hernan Cortés, lo mismo que sus soldados, dirigieron la vista hácia el sitio indicado, que parecia mas animado y concurrido en aquellos instantes. La gente se movía en todas direcciones y «el rumor y el zumbido de sus voces y palabras, dice Bernal Diaz, podían escucharse á una legua de distancia» (1).

El caudillo español, á quien la vista de la magnificencia de la naturaleza despertaba siempre ideas religiosas, sintió un deseo íntimo de transformar aquel gran templo que dominaba la poblacion en santuario del verdadero Dios. Le pareció que donde se levantaba la piedra de los sacrificios debia elevarse la cruz de la redencion, enseña de paz y caridad. Dominado por este pensamiento religioso, se dirigió al padre Fray Bartolomé de Olmedo que estaba á su lado, y le indicó el deseo que le animaba, solicitando antes el permiso de Moctezuma. El prudente sacerdote, con el recto juicio que le distinguía, le manifestó

(1) Bastaria este pasaje para probar que el gran templo estaba en Tlatelolco y no donde se encuentra actualmente la catedral. Desde este punto, que estaba á larga distancia del mercado, hubiera sido imposible ver los detalles y gentío de él, por los muchos edificios que se interponían, por mucho que el teocalli les excediese en altura. Que estaban junto al gran mercado se desprende claramente de las siguientes palabras, que, segun refiere Bernal Diaz, dirigió Moctezuma á Cortés: «Y que si no habia visto bien su gran plaza (el mercado) que desde allí la podriamos ver muy mejor.»